

El Eco de Cartagena.

Año XXIV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7021

Preios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 50 id.—EXTRANJERO tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

MIERCOLES 24 DICIEMBRE 1884.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Roma era la señora del universo. Regía el destino de los pueblos el generoso y humanitario César Augusto, aquel famoso emperador que, viendo su frente la imperial diadema, le cupo la gloria inmensa de cerrar las puertas del templo de Jano, porque en sus dilatados y extensos dominios se respiraba el néctar delicioso de aque la tan hermosa como celebrada paz Octaviana. Él, entre otros medios, quiso immortalizarse poniendo su nombre á uno de los meses del calendario romano.

Pero en una de las provincias romanas debía tener lugar el acontecimiento más glorioso que han presenciado los siglos; bajo el imperio de Augusto debía venir al mundo el hombre, cuyo nacimiento había de ser el principio, la base de una nueva cronología.

El César, quiso saber cuantos habitantes existían en los vastos territorios que formaban su imperio. Publicó un edicto, disponiendo que se hiciera un empadronamiento general. (1)

José, el humilde artesano de Galilea, en unión de su esposa María, obedeciendo la orden de Augusto, fueron á inscribir sus nombres en el padrón que se estaba formando en la Palestina, provincia tributaria de Roma.

Los pobres caminantes de Nazareth, fatigados por lo largo del viaje, sin haber encontrado un alma noble y caritativo que les ofreciera un lugar donde albergarse, dirigieron sus pasos hácia la pequeña y pintoresca ciudad de Belén. Quiso José descansar en una posada, más no encontró hospedaje.

Iba á cumplirse la profecía de Miqueas:

«Y tú, Belén, llamada Efrata, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá, pero de tí saldrá aquel que debe reinar en Israel y cuya generación tuvo principio desde la eternidad. (2)

Avanzaba la noche. Belén no había querido recibir á los humildes viajeros; quienes pérdida ya toda esperanza de encontrar hospitalidad, dirigieron sus pasos hácia «la parte del mediodía y poco lejos de la ciudad inhospitalaria,» donde según dice Orsini, «abrióse una oscura caverna escavada en la roca, caverna cuya

entrada miraba al Norte, y que angostándose hácia el fondo servía de asilo á los belenitas, y algunas veces de asilo á los pastores en las noches tempestuosas. Los dos esposos bendijeron al cielo que les había deparado, este abrigo salvaje, y María, apoyándose sobre el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo más hondo de la cueva. ¡Humilde y pobre albergue deparó la Providencia á los viajeros de Nazareth! Pero en aquel lugar inundo, en aquella incómoda morada debía nacer Jesucristo, el Salvador del mundo; en aquella gruta miserable habían de construirse los cimientos de la más portentosa civilización. Había llegado el instante supremo de realizarse el vaticinio de los profetas.

Cumplieronse los días del embarazo de María y vino al mundo el Redentor de los hombres. No apareció ante la humanidad rodeado del fausto y las riquezas, sino que al salir del vientro de su madre halló por lecho tan solo un mísero pesebre. No siguió á su nacimiento el festín como acontecía en el de los hijos de los poderosos y potentados del imperio; pues sus padres eran unos pobres y humildes carpinteros de Galilea.

Sin embargo, el Mesías que no había encontrado por cuna más que un miserable pesebre, poco después de abandonar el lecho materno, fué adorado por unos rústicos é ignorantes pastores, que, avisados de la venida del Hijo de Dios, corrieron presurosos á rendirle el homenaje más solemne; siendo ellos los primeros en adorarle. Pero no solo se posternaron ante su presencia los pobres é ignorantes apacentadores de ganados. El Redentor de la humanidad fué circuncidado el octavo día de su nacimiento, y después tuvo efecto la profecía de David: «Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán dones; los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes.» Los magos, aquellos sabios ilustres, aquellas lumbreras filosóficas del imperio romano, enterados del nacimiento de Cristo, marcharon desde el Oriente, hácia la gruta de Belén; penetraron en la morada del Recién-nacido, y llenos de fé le adoraron también como anteriormente lo habían hecho los pobres pastores, posternándose ante la presencia de Jesús, y ofreciéndole dones, oro, incienso y mirra. ¡Qué contraste tan admirable y tan digno de consideración! El hijo de unos artesanos, que, al nacer, solo encontró por lecho un pesebre, recibe la adoración de gentes humildes y despreciables, según el mundo, y de los príncipes del saber y de la civilización antigua.... Je-

sucristo demostró lo que más tarde dijo á los hombres: *El que se humille será exaltado.*

Había llegado el momento de dar principio á la regeneración del mundo. Iba, pues, á verificarse la revolución social más grande que han presenciado los siglos. El nacimiento del hijo de Dios, señala y representa la época en que la civilización comenzó á presentarse ante los hombres con todas sus galas, con toda su hermosura, con toda su verdadera é inherente sublimidad.

El imperio romano que entonces era todo el mundo, aquella depravada y corrompida sociedad á quien Augusto diera la paz, y cuyos miembros vivían encenagados en el vicio, en la adulación, en la impiedad y en la sensualidad; esos pueblos, regidos entonces por el trono de los Césares, oyeron por primera vez: *No hay más que un solo Dios verdadero*, y ese Dios llamado Cristo, esa primera criatura, cuya consustanciabilidad de naturaleza con el Padre negara un día la herejía de Arrio, nació en un rincón de la Judea, en la miserable gruta de Belén.

El hijo de Nazareth, dijo á los hombres: *Todos sois hermanos, amaos los unos á los otros; haced bien á vuestros mismos enemigos.* ¡Qué máximas tan sublimes, que doctrina tan civilizadora! Predicó la unión y la fraternidad de todos los pueblos, de todas las razas y proclamó la paz universal, condenando la efusión de sangre; santificó el matrimonio y con esto, no solo redimió á la mujer de su esclavitud, no solo rompió las tuercas y robustas cadenas con que aquellas inhumanas sociedades sujetaban á la más hermosa mitad del género humano, sino que la hizo digna compañera del hombre, dejando por lo tanto de ser esclava, como era considerada en aquellos tiempos bárbaros en que solo predominaba la ley del oscurantismo. Ya la mujer podía levantar orgullosa la frente luciendo la inestimable corona de su amada libertad; ya no tenía que ceder á los impulsos de la impudica Venus y rendir vasallage á la prostitución; porque había ya comprendido cuales eran los verdaderos límites de su dignidad. Con la santificación del matrimonio, aquellas gigantescas estatuas, á quienes se les rendía el más ferviente culto, aquellos monumentos de opróbrio y de deshonra, erigidos por los vasallos del imperio, como muy elocuentemente dice un escritor, á una vil prostituta, esposa del emperador y de todos los hombres, derribábanse como si sus cimientos se conmovieran ante la fuerza irresistible de la nueva religión, predicada por el que después de regenerar al linaje humano, había de

ser víctima de la bárbara fiera de un pueblo envilecido é ignorante.

Jesucristo extinguió los privilegios de nacimiento, diciendo: *Todos los hombres son iguales ante Dios, todos los hombres son libres.* Así elevó á los oprimidos hasta igualarlos con los magnates y poderosos de la tierra; así quedaba consolidado la armonía social. Las escuelas filosóficas del imperio romano, ninguna advirtió que mientras existiera la diferencia de razas ó de nacimientos se ultrajaban las leyes de la naturaleza, y el Hijo de María, el Dios-Hombre vino á establecer la igualdad entre todas las criaturas. Reprobaba también los goces materiales y el suicidio, diciéndoles á los epicúreos y á los estóicos, que hay en el hombre algo más elevado y noble que la materia y el cuerpo, y que hay otra vida más allá de este mundo; consoló Cristo, á los humildes y enseñó á practicar la más hermosa, la más sublime de todas las virtudes: *la Caridad.*

Verificóse la regeneración universal, Jesucristo, trazó á los hombres la senda de la más perfecta civilización, les hizo comprender que vivían sumidos en la ignorancia y en la barbarie y les dió una religión, grabando en sus almas los sentimientos de una fé verdadera, sustentada por las más saludables doctrinas.

Mañana el mundo cristiano celebrará el memorable y glorioso acontecimiento que á los cuatro mil años del mundo según unos y á los cuatro mil cuatro, según otros, tuvo lugar en la gruta de Belén, humilde asilo de los pobres caminantes de Nazareth, cuando, fieles al mandato de César Augusto, fueron á inscribirse en el padrón que se formaba en la Palestina.

La humanidad cometería la más abominable de las ingratitudes sino reconociera los beneficios que debe el mundo á Jesucristo, al que proclamó la igualdad y la libertad de todo el género humano.

Manuel Gonzalez.

Crónica local y provincial.

En nuestro número anterior, publicamos un largo suelto con motivo de la información oral para el mejoramiento de las clases obreras, que se está llevando á cabo en Murcia.

En el suelto de referencia, esponíamos la duda, de si las disposiciones en virtud de las cuales se han establecido estas informaciones, las ordenan solo en las capitales de provincia ó está comprendida nuestra población también entre las obligadas á llevar á cabo esta útil tarea. Hoy

(1) Augusto, mandó hacer tres empadronamientos. Uno, durante su sexto consulado con Marco Agrippa; otro bajo el consulado de Cayo Mario Censorino y de Cayo Asirio Gayo, y el último bajo el de Cayo Pompeyo Nepos y de Cayo Apuleyo Népon.

(2) Mich. cap. 5 dv. 2.